LA CENA DEL SEÑOR *

Comisión internacional romano católica - luterano evangélica

La Comisión internacional oficial nombrada por la Alianza mundial luterana y por el Secretariado para la unidad de los Cristianos ha ofrecido el acuerdo al que han llegado sobre el tema de la Eucaristía, cuya traducción aquí ofrecemos. En La Documentation Catholique, *n. 1755 (1979) se puede encontrar además del texto (cols. 19-30) un comentario de C. Vaggagini (col. 31 ss.).*

El documento que ofrece la citada comisión tiene una importante novedad, *pues se ofrecen los textos de la celebración de la Eucaristía por parte de la Iglesia católica en su rito latino (las cuatro plegarias hoy en uso oficial) y los textos de las liturgias luteranas en uso en la Alemania Federal, USA, Francia, Checoslovaquia, Suecia y Holanda. La importancia de este hecho debe ser muy tomada en cuenta, ya que a través de las liturgias es como se capta el sentido que la eucaristía tiene para las respectivas comunidades.*

Completan la edición seis excursos, donde se analizan los temas más importantes en la discusón histórica entre el Luteranismo y la Iglesia Católica. Se ofrece tan sólo el texto del acuerdo.

Como es obvio la lectura del documento que presentamos tiene que tener en cuenta estos dos datos y por eso la referencia al texto original es mucho más necesaria que otras veces.

PRESENTACION

La Comisión mixta católica romana/luterana entre el Secretariado para la Unidad de los Cristianos y la Federación Luterana Mundial ha concluido su trabajo sobre un documento acerca de la Cena del

(*) Gemeinsame römisch-katholische evangelisch-lutherische Kommission, *Das Herrenmahl* (Verlag Bonifacius-Druckerei y Verlag Otto Lembeck, Paderborn-Frankfurt am Main, 1979).

Universidad Pontificia de Salamanca

Señor. Después de haber sido unánimemente adoptado por los miembros de la Comisión, el documento es ahora ofrecido para su discusión. Se ha alcanzado un acuerdo en puntos significativos. Ha sido posible obtener un amplio testimonio común. Por ello, confiamos en que las cuestiones todavía abiertas serán clarificadas de común acuerdo. Esperamos que el documento que sigue nos aproximará más a la plena comunión en la fe, y por consiguiente. a la comunión en la Mesa del Señor, que tan ardientemente deseamos.

Primera parte: TESTIMONIO COMUN

I. El testamento de Jesús según la Escritura.
II. Misterio de la fe.
III. Por, con y en Cristo.
IV. En la unidad del Espíritu Santo.
V. Glorificación del Padre.
VI. Para la vida del mundo.
VII. En vista de la glorificación futura.

Segunda parte: TAREAS COMUNES

I. Superación de posturas encontradas.
II. Forma concreta de la práctica litúrgica.
III. Recepción.

INTRODUCCION

1. Desde 1965 —tras más de 400 años de separación— han tenido lugar unas conversaciones, a nivel mundial, entre representantes de la Federación Luterana Mundial y de la Iglesia Católica Romana nombrados oficialmente. Las autoridades eclesiásticas competentes crearon una comisión internacional mixta de estudio que, bajo el título «El Evangelio y la Iglesia» se propuso discutir, a la luz de los recientes progresos de nuestros conocimientos, las controversias teológicas tradicionales. Una síntesis de los resultados de los trabajos de esta comisión mixta de estudios fue publicada en 1972 [1]. En ella se expresan importantes acuerdos y convergencias. De todas formas, como se decía en el prefacio, la amplitud del tema general era tal, que ciertas cuestiones precisas —como las de la Eucaristía y el Ministerio (Amt)— no podían ser, o no han sido, tratadas más que de forma parcial. La

1 Rapport (llamado de Malta) de la Comisión de estudios evangélico-luterana/católico-romana sobre el tema «El Evangelio y la Iglesia»; prólogos por el Dr. André Appel, secretario general de la Federación luterana mundial, y por el Cardenal Johannes Willebrands, presidente del Secretariado para la Unidad. El texto en *Lutheran World* 19 (1972) 387-99.

Universidad Pontificia de Salamanca

comisión misma haciéndose eco del Rapport de Malta, no sólo ha subrayado la necesidad de una iluminación más profunda de estas cuestiones, sino que siente dolorosamente su urgencia, muy particularmente en razón de nuestra separación en la Cena de la Unidad: la comunión en la Eucaristía es, en efecto, un elemento integrante de la plena unidad de los cristianos y supone realizada la unidad en la fe. Prosiguiendo su diálogo oficial la comisión mixta luterana/católica ha dirigido, pues, su atención de una manera especial sobre la Eucaristía y ahora presenta el resultado de sus esfuerzos [2]. Un estudio sobre el Ministerio eclesial (Amt) vendrá a continuación. Se tomará en especial consideración el ministerio episcopal. y se dará respuesta a ciertas cuestiones conexas con la de la Eucaristía.

2. En la elaboración del texto que presentamos, la Comisión mixta luterana/católica ha hecho esfuerzos para dar, en la medida de lo posible, un testimonio común, y, sin dejar de señalar claramente las cuestiones que continúan abiertas, ir madurando la respuesta adecuada. Así, lo que Luteranos y Católicos pueden confesar conjuntamente está llamado a penetrar en la vida de la Iglesia y de las comunidades.

3. El texto del documento ha ido tomando cuerpo progresivamente a través de la reflexión sobre el testimonio de la Sagrada Escritura y de las tradiciones eclesiales. En nuestra reflexión, hemos reservado un lugar especial a las formas concretas de la liturgia, pues la doctrina y la vida, la confesión (de la fe) y la expresión litúrgica, la piedad y la práctica forman parte de la realidad de la Eucaristía. Como signo de agradecimiento al trabajo realizado por otros, y deseando obtener un eco ecuménico tan amplio como sea posible, hemos asumido ciertas afirmaciones de anteriores documentos ecuménicos, en la medida en que tales afirmaciones corresponden a la posición luterana y católica [3].

2 Los términos Santa Cena (Abendmal) —Eucaristía— Banquete del Señor (Herrenmahl), son empleados para tener en cuenta los distintos usos.

3 Textos de acuerdos:

a) De la Comisión *Fe y Constitución:*
   — Conferencia de Lovaina, 1971, 'L'Eucharistie dans la reflexion oecumenique', *Istina* 16 (1971) 369-75. *Citado* Lovaina.
   — Conferencia de Lovaina, 1971, 'Au-delà de l'intercommunion', *Ibid.*, 352-66. *Citado* Lovaina.
   — La Eucaristía (Accra 1974), en 'Bautismo, Eucaristía, Ministerio', *Diálogo Ecuménico* 10 (1975) 367-76 (hay edición a parte). *Citado* Accra.

b) Del *Grupo de Dombes* compuesto por teólogos católicos, luteranos y reformados:
   — *Vers une même foi eucharistique?* (Les Prees de Taizé, 1972). *Citado* Dombes I.
   — *La signification de l'Eucharistie. Accord pastoral,* en *Ibid.* *Citado* Dombes II.

Universidad Pontificia de Salamanca

4. El conjunto queda articulado de la siguiente manera:

— En la primera parte —Testimonio común— se expresa aquello que Luteranos y Católicos pueden confesar conjuntamente.

— La segunda parte se orienta hacia las «tareas comunes»: se describen y tratan las cuestiones controvertidas; se evocan las consecuencias y las exigencias que de ello se deducen para la vida y la doctrina de las Iglesias, en particular por lo que atañe a la liturgia.

5. El presente documento se dirige a todos los cristianos católicos y luteranos: dirigentes de las Iglesias, teólogos, pastores (de almas), comunidades de fieles, y, especialmente. grupos comprometidos en el diálogo ecuménico. Pero Luteranos y Católicos no son los únicos interpelados: así como la comisión ha aceptado con gratitud las sugerencias de otros grupos cristianos en diálogo, espera también que estas reflexiones luterano / católicas sean útiles para otros. Por esta razón hemos procurado esforzarnos para aportar a través del documento, el testimonio de una verdad destinada a todos los hombres sean o no cristianos.

Primera Parte

TESTIMONIO COMUN

I. EL TESTAMENTO DE JESUS SEGUN LA ESCRITURA.

6. Antes de entregarse a la muerte para dar a los hombres la paz y la comunión con Dios y entre ellos mismos, Jesús dispuso su cena para los suyos: «Cuando iba a ser entregado a su pasión, voluntariamente aceptada, tomó pan, dándote gracias lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz, y dándote gracias de nuevo, lo pasó a sus discípulos diciendo: Tomad y bebed todos de él, porque éste

c) Documentos de los *acuerdos bilaterales con la Iglesia anglicana:*
   — 'Report of the Anglican-Lutheran International Conversations 1970-1972, authorized by the Lambeth Conference and the Lutheran World Federation', *Lutheran World* 19 (1972) 387-99.
   — 'Declaración anglicano-católica sobre la doctrina eucarística (Windsor 1971)', *Diálogo Ecuménico* 8 (1973) 64-73 (texto inglés y traducción castellana). *Citado* Windsor.

d) Informes sobre las *conversaciones oficiales católico-luteranas:*
   — *Lutherans and Catholics in Dialogue III* (Washington-New York 1967).
   — 'Bericht über der evangelisch-lutherish/römisch-katolischen Studienkommission «Das Evangelium und die Kirche»', *Lutherische Rundschau* 22 (1972) 344-62 (trad. francesa en *La Documentation Catholique,* n. 1621 (1972) 1070-81). *Citado* Malta.

Universidad Pontificia de Salamanca

es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía» [4]. En esta nueva cena pascual (Passah-Mahl) el Señor se dio él mismo a los suyos en alimento, y, por ello, mientras esperan su venida gloriosa les constituyó en participantes de su actuar, de sus sufrimientos y de su vida (cf. Mt 26. 26-29; Mc 14, 22-25; Lc 22, 16-20; 1 Cor 11, 23-26).

Cada vez que los cristianos de todos los tiempos celebran la cena del Señor según su voluntad en memoria de él, el Señor les concede de nuevo esta comunión y, por ella, les hace el don de la «remisión de los pecados, de la vida y de la bienaventuranza» [5].

II. MISTERIO DE FE.

7. La cena del Señor es un misterio de fe en el sentido más pleno de la palabra. Forma parte del único misterio de salvación, a la vez comprensivo (umfassend) e incomprensible (unfassbar), y participa de su carácter de Misterio: para que el hombre pueda conocer el misterio, Dios debe comunicarse, y este misterio no entra en nuestro horizonte más que en la medida en que el Señor lo quiere y lo realiza. Es decir: la Eucaristía no nos es accesible más que por el don de la fe que Dios nos hace.

8. Con mayor motivo las actitudes y los comportamientos requeridos por parte de aquéllos que la celebran son cuestión de fe y no de sus propias fuerzas. La comunión eucarística de vida y de acción no nace más que de la comunión de fe operada por el Espíritu Santo (cf. infra n. 23).

9. Teniendo en cuenta que la fe cristiana se realiza esencialmente como comunión de fe con todos los creyentes, la Eucaristía es asunto de la comunidad y, en su seno, asunto de cada uno. Como «nueva Alianza», la «sangre de la Alianza» que se nos ofrece en la Eucaristía (Mt 26.28; Mc 14, 24; cf. Lc 22, 20; 1 Cor 11, 25) es dada al nuevo pueblo de Dios y, por ello, a sus miembros.

10. En el Señor presente toda «gracia y verdad» (Jn 1, 14) están presentes en medio de nosotros. Así también la Eucaristía es misterio de fe en el sentido, igualmente, de que engloba las dimensiones esenciales de la verdad de la fe.

En su celebración se reflejan las fases de la historia de la salvación:

— se nos recuerda la creación. que Dios hizo buena y por la cual nosotros alabamos y damos gracias;

— se nos torna manifiesta la realidad del pecado, de la que se nos invita a tomar conciencia y a confesarla;

4 Ordo Missae, Plegaria eucarística II, con referencia a Hipólito.
5 Pequeño Catecismo de M. Lutero.

Universidad Pontificia de Salamanca

— la palabra de Dios nos es dirigida de nuevo, como exhortación y como promesa, y nosotros la acogemos en la escucha y en la obediencia, y respondemos a ella;

— el pan y el vino, realidades de nuestro mundo, son introducidos en el proceso de redención y de santificación, así como los actos fundamentales de la vida humana: comer y beber; hacer fiesta y actuar en común;

— la unión con el Señor y con los suyos es anuncio y comienzo de la llegada entre nosotros del Reino de Dios y promesa del futuro cumplimiento.

11. Por último, el misterio de la Eucaristía nos vincula al misterio primordial del Dios Uno y Trino, misterio primordial a partir del cual, por el cual y hacia el cual todo existe.

El Padre del cielo es el origen primero y el último destino del acontecimiento eucarístico.

El Hijo de Dios hecho hombre, por quien, con quien y en quien la eucaristía se realiza, es su centro viviente.

El Espíritu Santo es la inconmensurable fuerza de amor que la lleva a cabo y continúa haciéndola eficaz.

12. Al final de muchas plegarias litúrgicas eucarísticas, el misterio más profundo de la Eucaristía y de nuestra vida es celebrado en una alabanza de gloria. Refiriéndose al Señor Jesucristo presente, se dice:

«Por Cristo, con El y en El, a Ti, Dios, Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén».

Esta doxología, que hacemos nuestra, nos permite testimoniar conjuntamente lo siguiente:

III. POR, CON Y EN CRISTO.

Por Cristo

13. No hay Eucaristía sino *por Jesucristo*. El es quien por primera vez la ha celebrado en medio de sus discípulos. El es quien ha dado el mandato de no dejar de celebrarla hasta que él venga. El es quien dispone la cena, él es quien invita. Por él se hace posible y real la participación plena, consciente y activa [6] de todos los fieles en la celebración eucarística. Por él son llamados y enviados los que en su nombre presiden la celebración. Su servicio es un signo impresionante de que «la asamblea no es propietaria del gesto que se dispone a realizar, que ella no es dueña de la Eucaristía: ella lo recibe de Otro, del Cristo viviente en su Iglesia» [7]. (Cf. infra nn. 65-68).

6 Cf. Vaticano II, Constitución sobre la Liturgia, n. 14.
7 Dombes I, n. 34.

Universidad Pontificia de Salamanca

Con Cristo

14. Por él, nosotros podemos celebrar la Eucaristía *con él*. No es en base a unos méritos humanos, ni por una capacidad humana, sino por su sola gracia es como se realiza el prodigio de su presencia. Lo que ésta significa y realiza no podemos valorarlo más que si permanecemos abiertos a las distintas maneras según las cuales está presente el Señor.

15. Jesucristo cumple de múltiples formas su promesa: «Yo estaré con vosotros para siempre hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). «Nosotros profesamos una múltiple presencia de Cristo, Palabra de Dios y Señor del mundo. El Señor crucificado y resucitado está presente en su Cuerpo, el Pueblo de Dios, pues él está presente allí donde dos o tres se reúnen en su nombre (Mt 18, 20). Está presente en el bautismo, pues es el mismo Cristo quien bautiza. Está presente en la lectura de la Sagrada Escritura y en el anuncio del Evangelio» [8]. El Señor está presente también en los pobres y en los necesitados, pues son verídicas sus palabras: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40).

16. La presencia eucarística se conexiona con todos estos datos. y tiene a la vez su especial manera. «Cristo está presente y activo, de diversas maneras, en la entera celebración eucarística. Es el mismo Señor el que, por la proclamación de su Palabra invita a su pueblo a su mesa; el que, por su ministro, preside esta mesa y el que se entrega luego de manera sacramental en el cuerpo y la sangre de su sacrificio pascual» [9].

En el sacramento de la Santa Cena, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está plena y enteramente presente con su cuerpo y su sangre bajo los signos del pan y del vino.

«A lo largo de los siglos, los cristianos han intentado describir esta presencia con formulaciones diversas. Nuestros documentos confesionales dan testimonio conjunto de que, en este sacramento, Jesucristo está «realmente», «verdaderamente» y «substancialmente» presente. Esta clase de presencia apenas puede expresarse con palabras, pero nosotros damos testimonio de su presencia porque creemos en el poder de Dios y en la promesa de Jesucristo: «Esto es mi cuerpo... esta es mi sangre». A esta presencia, nuestras tradiciones la han denominado «sacramental», «sobrenatural», «espiritual». Estos conceptos tienen matices distintos en las dos tradiciones pero, en conjunto, se oponen tanto a una forma de presencia espacial o natural, como a una noción puramente conmemorativa o figurativa del sacramento» [10].

17. «Cristo instituyó la Eucaristía, sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. centrado en la cruz y la resurrección, como la anámnesis

8 USA III, II 1 a (p. 192).
9 Windsor, n. 7.
10 USA III, II 1 c (p. 192).

Universidad Pontificia de Salamanca

o memorial de toda la obra reconciliadora de Dios en él. Cristo mismo con todo lo que él realizó por nosotros y por la creación entera (en su encarnación, en su vida como siervo, en su ministerio, en su enseñanza, en su sufrimiento, su sacrificio, su resurrección, su ascensión y pentecostés) está presente en esta anámnesis o memorial que es a la vez una pregustación de su retorno y de la plenitud del Reino» [11]. (Cf. infra n. 36).

18. Presente en medio de nosotros, el Señor quiere incorporarnos a su movimiento vital. Aquél que, por amor, se entregó a la muerte, vive en nosotros (Gál 2, 20). Por su gracia hemos «pasado con él de la muerte a la vida» (Jn 5, 24). Participando en el sacramento de la Eucaristía nosotros caminamos con él a través de este mundo hacia el mundo futuro (pascha, transitus). Llenos de su gracia y vivificados por su Espíritu, podemos transmitir su amor y, por ello, glorificar al Padre. De la misma manera que nosotros somos incapaces de ofrecer a Dios un verdadero sacrificio por nuestras propias fuerzas, así también debemos ser, por la fuerza de Cristo, asumidos en su propio sacrificio. «Cuando, en la Cena del Señor, nos presentamos ante Dios dándonos a él, no lo hacemos más que «por Cristo», es decir, en referencia al don que él hace de sí mismo... Darse, es a fin de cuentas, abrirse para recibirle» [12].

«Así, unidos a nuestro Señor que se ofrece a su Padre y en comunión con la Iglesia universal en el cielo y sobre la tierra, nosotros somos renovados en la alianza sellada por la sangre de Cristo, y nos ofrecemos a nosotros mismos en un sacrificio vivo y santo que debe expresarse en nuestra vida cotidiana» [13].

Es de esta manera como debe renovarse sin cesar aquello que, a fin de cuentas, es el sentido mismo de la fe cristiana: la unión vislumbrada por esta fe es la unión con el Señor concreto, con todo su destino concreto. Quien se une a él está llamado a morir y a resucitar con él. (Cf. infra nn. 34-36).

En Cristo.

19. Este ser-con-Cristo se funda y culmina en el ser-en-Cristo. Bajo los signos del pan y del vino el Señor ofrece en alimento su carne y su sangre entregadas por todos, es decir, él mismo. De esta forma él se manifiesta como «el pan vivo bajo del cielo» (Jn 6, 51). Recibir con fe este alimento es hacerse partícipe de una comunión con Cristo, semejante a la del Hijo con el Padre. «Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí» (Jn 6, 57). Cristo quiere estar en nosotros, y a la vez nos otorga el estar en él: «El que come mi carne

11 Accra, n. 8.

12 W. Jentsch, H. Jetter, M. Kiessg, H. Reller (edit.), *Evangelischer Erwachsenenkatechismus* (Gutersloh 1975) 1111.

13 Dombes I, n. 11; cf. Accra, n. 11.

Universidad Pontificia de Salamanca

y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él» (Jn 6, 56). Esta comunión tiene su fundamento en la eternidad y, a su vez, la alcanza más allá del tiempo: «El que coma de este pan vivirá para siempre» (Jn 6, 58).

20. Al darse él mismo, Cristo reúne a todos cuantos participan en su cena: la multitud se convierte en «un solo cuerpo» (1 Cor 10, 17). Por la fuerza del Espíritu Santo los participantes son edificados en un solo y mismo pueblo de Dios. «Es el Espíritu el que vivifica» (Jn 6, 63). Así la cena eucarística es la fuente de la vida, renovada cada día, del pueblo de Dios que en ella es convocado y mantenido en la misma fe.

IV. EN LA UNIDAD DEL ESPIRITU SANTO.

El Espíritu Santo y la Eucaristía.

21. Jesús, durante su vida, lo hizo todo en el Espíritu Santo (cf. Lc 4, 1; 14, 17-21). En él se ofreció en sacrificio (cf. Heb 9, 14). En el poder del Espíritu Santo venció el pecado y la muerte, resucitó del sepulcro y vive en medio de su comunidad pentecostal. Por este mismo Espíritu, y en él, todos los creyentes deben permanecer unidos a Cristo y continuar su obra.

También la acción eucarística de Jesús se realiza por el Espíritu Santo. Todo lo que el Señor nos da y todo lo que nos hace aptos para apropiárnoslo es don del Espíritu Santo. Esto se expresa en la liturgia, muy particularmente en la invocación del Espíritu Santo (Epíclesis) [14].

22. Cuando hace memoria de la intercesión de Cristo, su Gran Sacerdote, la Iglesia pide con confianza el don de su Espíritu, a fin de que, por los dones eucarísticos, ella misma sea renovada, santificada y confortada para realizar su misión en el mundo. Gracias al Espíritu Santo el pan y el vino vienen a ser (werden) por la palabra creadora, Cuerpo y Sangre de Cristo. El Espíritu de amor hace efectivo el sacramento del amor en el cual el amor divino alcanza al hombre en su realidad terrena para atraerlo hacia sí.

23. Sólo en el Espíritu Santo puede la comunidad acceder a esta fe sin la cual no puede celebrar la Eucaristía. La epíclesis es pues, también, la oración que pide una fe viva que nos disponga a celebrar el memorial de la pasión y de la resurrección de Cristo. La Eucaristía no es un medio de salvación automáticamente eficaz para la salvación del mundo; presupone la presencia del Espíritu Santo en el creyente (cf. supra nn. 7-9).

24. En la Eucaristía, los *frutos* del Espíritu Santo —el amor, la alegría, la paz— son dados a los creyentes en participación; en ellos se realiza una anticipación del cumplimiento definitvo. La Eucaristía

14 Cf. Accra, 17 y 18.

Universidad Pontificia de Salamanca

es el banquete celebrado para confortar a los creyentes en vistas al retorno glorioso de Cristo. La invocación al Espíritu Santo constituye, de esta manera, una oración que pide la irrupción del mundo futuro en nuestro mundo de hoy (cfr. infra, nn. 42-45).

La Eucaristía y la Iglesia

25. Los creyentes, que han sido ya bautizados en el mismo Espíritu para formar un solo Cuerpo (cfr. 1 Cor 12, 13) y se alimentan con el Cuerpo de Cristo, van haciéndose cada vez más un solo y mismo cuerpo, por la gracia del Espíritu Santo (cfr. 1 Cor 10, 17). La Eucaristía y la Iglesia están pues unidas vitalmente de múltiples maneras:

26. Por el hecho que Cristo se da a los suyos en la Eucaristía, su vida pasa a ser la de ellos; su Espíritu el suyo. El acontecimiento de la comunión eucarística con Cristo se convierte en la forma permanente de vida de la comunión eclesial con Cristo. «La participación en el Cuerpo y la Sangre de Cristo no realiza otra cosa que transformarnos en aquello que recibimos» [15]. «Somos atraídos y transformados verdaderamente también nosotros, en el cuerpo espiritual, es decir en la comunión con Cristo y con todos los santos; y, por este sacramento, participamos de todas las virtudes y de todas las gracias de Cristo y de sus santos» [16]. La Eucaristía es así simultáneamente la fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia. Sin la comunión en la Eucaristía no hay plena comunión eclesial; sin la comunión eclesial no hay verdadera comunión en la Eucaristía.

27. Esto vale en primer término para la comunidad concreta reunida en tal o cual lugar para celebrar la Cena del Señor; pero ello concierne igualmente y en la misma medida a la cristiandad entera. «La participación del mismo pan y del mismo cáliz en un lugar determinado da testimonio de la unidad de los participantes con el Cristo total y con todos los comulgantes de todos los tiempos y lugares. Al compartir el mismo pan, revelan su unidad en la Iglesia universal» [17].

La frontera misma de la realidad terrena es franqueada en el sentido que el Espíritu Santo nos une igualmente con aquellos que nos han precedido en la fe y que han sido llamados a la comunión permanente con Dios.

28. El hecho de que los cristianos continúen pecando contra esta unidad es tanto más grave cuanto que ella es un don que nos ha sido dado por Cristo. Esto sucede cuando a los cristianos les falta fe y esperanza; pero también cuando toleran o —lo que es peor todavía—

15 León Magno, *Sermón 63*, 7.

16 Martín Lutero, *Sermon zum heiligen Leichnam Christi*, WA 2, 749; 10 = MA 1; 389.

17 Accra, n. 19.

Universidad Pontificia de Salamanca

cuando ellos mismos son los que provocan separaciones profundas entre los hombres, en el plano individual o en el social.

El cristiano, inserto en la comunión con el Señor, debe combatir con él para derribar los muros de enemistad que los hombres alzan entre ellos: muros de enemistad entre tribus. entre naciones, entre razas, sexos, generaciones, confesiones y religiones [18].

V. GLORIFICACION DEL PADRE.

29. La comunión con Cristo, en la cual nos introduce la Eucaristía por la fuerza del Espíritu Santo, conduce en definitiva al Padre eterno. Esto se realiza en distintos planos y según formas diversas y a la vez relacionadas entre sí.

Proclamación.

30. No sólo en las lecturas y en la predicación, sino en toda su celebración, la Eucaristía es proclamación de la grandeza y de la misericordia de Dios. De acuerdo con esto, cada uno de sus elementos, según su propia naturaleza, reviste una significación particular.

La confesión de los pecados por parte de la comunidad reunida implica siempre y al mismo tiempo la expresión pública del «sí» abierto a la acción reconciliadora de Dios.

La lectura y el comentario de la Sagrada Escritura hacen posible que la Palabra misma de Dios sea proclamada en el interior de situaciones siempre nuevas, y así viene a ser eficaz. El testimonio de la Sagrada Escritura y la predicación de las maravillas de Dios no solamente suscitan la confesión de fe, sino que constituyen ya, por sí mismos, un ejercicio de esta confesión.

El pan y el vino, «frutos de la tierra y del trabajo del hombre» [19], son, ante todo ,dones del Padre y como una síntesis de su creación, que él hizo buena. El acontecimiento que los transforma es una referencia impresionante a la acción que incesantemente conserva y sostiene todas las cosas en su ser, en cada momento. y las conduce a su plenitud.

Pero, sobre todo, en cada cena eucarística se rinde testimonio al amor que Dios ha manifestado en la cruz hacia todo el mundo, al entregar a su propio Hijo por la salvación del mundo (cfr. Jn 3, 16): «Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga» (1 Cor 11, 26).

Acción de gracias.

31. Proclamación y acción de gracias están, por su misma naturaleza, estrechamente relacionadas. En este sentido «la Eucaristía

18 Cf. Dombes I, n. 22, y Accra, n. 20.
19 Ordo Missae, Oración para la preparación de las ofrendas.

Universidad Pontificia de Salamanca

es la gran acción de gracias al Padre por todo lo que él ha realizado en la creación, la redención y la santificación, por todo lo que él realiza ahora en la Iglesia y el mundo a pesar del pecado de los hombres, por todo lo que él realizará conduciendo su Reino a la plenitud. Así, la Eucaristía es la bendición (berakha) por la cual la Iglesia expresa su agradecimiento hacia Dios por todos sus beneficios» [20].

En la celebración de la comunidad, la acción de gracias a Dios, creador de todas las cosas buenas que se nos dan, encuentra una expresión no sólo verbal, sino también material. El don que Cristo hizo de sí mismo y la promesa del Reino que viene relativizan todas las riquezas de este mundo y nos hacen conscientes al mismo tiempo de Dios como donador y de nosotros como administradores de estos dones. Ofreciendo el pan y el vino nosotros alabamos a Dios que, por nuestro trabajo, nos procura los bienes terrenales necesarios para el mantenimiento de nuestra vida. Nos ofrecemos a nosotros mismos (cf. Rm 12, 1) y compartimos lo que nos ha sido dado.

Intercesión.

32. Confortada por su fe en los beneficios de Dios, la comunidad intercede, en la celebración eucarística, por todos los hombres, por las necesidades del mundo, por las preocupaciones de los cristianos y de aquellos que tienen responsabilidades en la Iglesia y en la sociedad. La Iglesia se une así a la intercesión que su Señor presenta ante el Padre (cf. He 7, 25) y por él intercede para la salvación del mundo que nos ha sido prometida —salvación que la comunidad, en su fe y en su esperanza, ha pregustado ya en el Espíritu—. El hecho que esta confianza en la acción salvadora de Dios hacia el mundo se exprese de nuevo más claramente en la celebración eucarística, nos alegra y nos obliga a dar testimonio de una solidaridad activa hacia todos los necesitados [21].

Alabanza.

33. «La Eucaristía es el gran sacrificio de alabanza por el cual la Iglesia habla en nombre de la creación entera» [22]. A causa de la caída enmudeció el sacrificio de alabanza debido a Dios por la humanidad. En Cristo, ha cobrado nueva vida. En la asamblea eucarística, en particular en el Prefacio y en el Sanctus, la creación renovada en Cristo canta su himno de alabanza. Ella vuelve a ser capaz de adorar al Padre en espíritu y en verdad (cf. Jn 4, 23 ss.).

Ofrenda de sí mismo.

34. En su cuerpo entregado por los suyos (Lc 22, 19; 1 Cor 11, 24) y en su sangre derramada por ellos (Mt 26, 28; Mc 14, 24; Lc 22, 20) el Señor está presente en su entrega. Está entre nosotros

20 Accra, n. 6; cf. Dombes I, n. 7.
21 Cf. Dombes I, n. 27.
22 Accra, n. 7; Lovaina, n. 73.

Universidad Pontificia de Salamanca

como aquel que el Padre ha dado, en el Espíritu Santo, y como aquel que, en el mismo Espíritu. se entrega a sí mismo por el Padre y por los hombres. De esta forma él se comunica, y de esta manera también desea continuar su acción. Cuanto más es asumida la comunidad celebrante en esta ofrenda más vive para la mayor gloria de Dios. Cuando anuncia la muerte del Señor, es llamada a la vez a unirse a esta muerte. La Iglesia, no sólo debe conocer y hablar de este sacrificio, sino debe también dejarse asumir por él. Muriendo con su Señor, debe estar preparada para resucitar con él.

35. La unión ofrecida por Cristo concierne igualmente la voluntad y la acción de los suyos. «Este es el fruto de la Santa Cena: que tú te das con toda tu vida, así como Cristo, por estas palabras, se entregó a ti con todo lo que es» [23] (cf. supra n. 18).

36. Cuando la Iglesia cumple el mandato del Señor: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22, 19; 1 Cor 11, 24) entra cada vez de nuevo en contacto con el sacrificio de Cristo; de él recibe una nueva vida y la fuerza de morir con él.

«La noción de memorial, tal como era entendida en la celebración pascual en tiempos de Cristo —es decir hacer efectivamente presente un acontecimiento del pasado— ha abierto el camino a una mejor inteligencia de la relación entre el sacrificio de Cristo y la Eucaristía» [25] cf. supra n. 17).

Lo que sucede en la *celebración-memorial del pueblo de Dios* es bastante más que el hecho de hacersenos presentes los acontecimientos pasados gracias a los recursos de la memoria y de la imaginación. Lo que es decisivo no es que se recuerde el pasado sino que el Señor convoca su pueblo a su presencia y lo encara a su gesto de salvación. En esta acción creadora de Dios el pasado acontecimiento de salvación deviene oferta de salud para el presente y promesa de salvación para el futuro.

Todos aquellos que en memoria de Cristo celebran la Eucaristía son asumidos en su vida, su pasión, su muerte y su resurrección. Recibiendo los frutos del sacrificio que Cristo ha hecho de su vida, reciben al mismo tiempo los frutos de la gesta reconciliadora de Dios. En la cena pascual de la Nueva Alianza son liberados y unidos a Dios y entre ellos. Por eso «le dan gracias por todas sus misericordias, imploran los beneficios de la pasión de Cristo en nombre de la Iglesia entera; participan de estos mismos beneficios y se unen al gesto de entrega de Cristo a Dios» [25].

Recibiéndolo con fe, son asumidos como miembros de su cuerpo en el sacrificio reconciliador que les dispone a la entrega de sí mismos (Rm 12. 1) y les hace aptos para «ofrecer por Jesucristo sacrificios espirituales» (1 Pe 2, 5) en servicio del mundo. Así puede aprenderse

23 Martín Lutero, *Gründonnerstag*, WA 15, 498.
24 Windsor, n. 5.
25 Windsor, n. 5.

Universidad Pontificia de Salamanca

en la Cena del Señor todo aquello que debe ponerse en práctica en el conjunto de la vida cristiana. «Con corazón humilde nos ofrecemos a nosotros mismos como un sacrificio vivo y santo que debe hallar su expresión en toda nuestra vida cotidiana» [26].

37. Nuestras dos tradiciones coinciden en ver en la Eucaristía un *sacrificio de alabanza*. No se trata de una alabanza puramente verbal ni de una adición o un complemento que, por sus propias fuerzas, los hombres añadirían al sacrificio de alabanza y de acción de gracias que Cristo ofreció al Padre. El sacrificio de alabanza eucarística no ha sido posible más que por el sacrificio de Cristo en la Cruz; de ahí que éste continúe siendo el contenido primordial del sacrificio de alabanza de la Iglesia. Es únicamente «por él, con él y en él, nuestro Sumo Sacerdote y nuestro intercesor, como ofrecemos al Padre, por el Espíritu Santo, nuestra alabanza, nuestra acción de gracias y nuestra plegaria» [27] (cf. supra nn. 56-61).

VI. PARA LA VIDA DEL MUNDO.

38. El movimiento de vida de Jesús hacia el Padre. movimiento en el que él incluye a los suyos, debe beneficiar a todos. El pan que es Jesús mismo, y que él da, es dado «por la vida del mundo» (Jn 6, 51).

La celebración eucarística en su relación con el mundo.

39. «El mundo que Dios ha reconciliado consigo en Cristo, está presente en cada eucaristía: en el pan y en el vino, en la persona de los fieles y en las plegarias que ellos ofrecen por todos los hombres. Así la Eucaristía abre al mundo el camino de su transfiguración» [28]. Ella revela al mundo lo que es y lo que debe devenir [29]. Enraizada en el pasado, realizada en el presente y orientada hacia el futuro. la Eucaristía concentra en sí misma todas las dimensiones del acontecer histórico. Esto muestra su profunda relación con nuestro mundo en mutación; ella contribuye a comprenderlo mejor y a cooperar de forma más responsable en su transformación.

En la unidad eucarística se prepara la nueva unidad de la humanidad. Como cabeza de su Iglesia, Cristo es cabeza de toda la humanidad redimida.

El entrega su vida a la Iglesia para que de esta manera alcance a todos. «Cuando, invitados por un mismo Señor, nos reunimos en torno a una misma mesa para compartir el mismo pan, nos hacemos

26 USA III, I 1 b, p. 188 ss., en referencia a Montréal 1963.
27 USA III, I 1 b, p. 188, en referencia a Montréal 1963; cf. también *Evangelischer Erwachsenenkatechismus*, 1115.
28 Dombes, n. 8.
29 Cf. Accra, n. 7.

Universidad Pontificia de Salamanca

uno en nuestro compromiso, no sólo hacia Cristo y unos hacia los otros, sino también respecto de la misión de la Iglesia en el mundo» [30].

La responsabilidad respecto al mundo por parte de los que celebran la Eucaristía.

40. La Eucaristía está ordenada a la salvación del mundo no sólo en tal o cual de sus partes, sino en su totalidad. Los que participan en la Eucaristía son convocados al servicio del mundo. La comunión con Cristo capacita y obliga a comprometerse con todos los hombres.

41. «Reconciliados en la Eucaristía, los miembros del Cuerpo de Cristo se convierten en servidores de la reconciliación entre los hombres y en testimonios de la alegría de la resurrección. Su presencia en el mundo implica la solidaridad en el sufrimiento y la esperanza con todos los hombres en medio de los cuales están llamados a comprometerse para significar el amor de Cristo en el servicio y en la lucha. La celebración de la Eucaristía, fracción del pan necesario para la vida, incita a no consentir la existencia de hombres privados de pan, de justicia y de paz» [31].

Este compromiso es particularmente necesario cuando en el interior de la Iglesia surgen separaciones sociales. nacionales o raciales (cf. 1 Cor 11, 18-30). Anomalías de esta clase pueden revelarse tan nefastas como las escisiones en la fe. Ellas están en contradicción con la naturaleza de la Iglesia; convierten su testimonio en ineficaz y hacen indigna su celebración sacramental. Estas palabras del Señor valen también para la Eucaristía: «Ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después vuelve y presenta tu ofrenda» (Mt 5, 24).

VII. EN LA PERSPECTIVA DE LA FUTURA GLORIFICACION.

42. En la Eucaristía anunciamos «la muerte del Señor hasta que venga» (1 Cor 11,26). En ella se promete la gloria fuutra y esta misma gloria empieza a manifestarse y a comunicarse.

Promesa.

43. La forma y la eficacia de la Eucaristía son una promesa de la gloria eterna a la que estamos destinados, así como una referencia al cielo nuevo y la tierra nueva hacia la cual caminamos: «Es por ello por lo que la celebración de la Eucaristía nos orienta hacia la venida del Señor y nos la aproxima. Ella es una gozosa anticipación del banquete celestial, cuando la redención será plenamente realizada y toda la creación será liberada de cualquier esclavitud» [32]. «Felices los invitados a las bodas del Cordero» (Ap 19, 9).

30 Windsor, n. 4.
31 Dombes, I, n. 27.
32 Dombes, I, n. 29.

Universidad Pontificia de Salamanca

Manifestación.

44. La cena eucarística nos permite intuir la gloria futura como el banquete de bodas, eterno y sin límites, al cual el Señor nos invita. En cuanto que es cena fraternal en la cual Cristo nos libera y nos une, ella orienta nuestra mirada hacia el Reino eterno que nos es prometido, donde reinarán una libertad y una justicia sin límites.

La participación en la celebración de la Eucaristía exige de nosotros simultáneamente compromiso personal y servicio a la comunidad. Por ello se nos indica el pleno desarrollo de nuestra vida personal y social que forma parte de esta gloria de Dios en la cual, por gracia, nos es dado tener parte.

Mediación.

45. El futuro prometido comienza misteriosamente desde ahora en la Cena del Señor. Quien recibe el pan de vida tiene la vida eterna (In 6, 54). No es en un momento dado, un día, sino inmediatamente como somos asumidos en el gran futuro que el Señor nos abre. La vida eterna no empezará más tarde, sino que ya está aquí, en aquel que se une al Señor. Desde ahora el mundo futuro ha hecho irrupción en nuestro mundo de hoy.

«De este modo, dándole la Eucaristía, el Señor concede a la Iglesia renovado coraje y perseverancia» [33], para que, en la debilidad, viva hasta el final en medio de sufrimientos y combates; le da la fuerza de comprometerse sin descanso en la renovación de la vida y las estructuras de este mundo. La vida del mundo futuro, prometida, manifestada inicialmente y comunicada a los que creen, puede y debe ser efectiva ya en este mundo.

segunda parte

TAREAS COMUNES

46. El testimonio común sobre la Cena del Señor nos enfrenta a tareas que, en lo posible, deberíamos abordar en común.

(I) Debemos dar cuenta en qué medida pueden ser desde ahora clarificados y superados los problemas que, en otro tiempo, han roto nuestra comunión en la fe y en la Eucaristía; y en qué medida todavía se oponen a una plena comunión.

(II) La forma litúrgica concreta de la celebración eucarística de nuestras comunidades debe corresponder a aquello que confesamos en la fe.

(III) El testimonio de la fe no puede limitarse ni al ámbito

33 Dombes I, n. 30.

Universidad Pontificia de Salamanca

teológico ni al ámbito individual; el mayor número posible de miembros del pueblo de Dios deberían hacerlo suyo y transmitirlo de forma viva (Recepción).

I. SUPERACION DE POSICIONES OPUESTAS.

47. Aquello que conjuntamente reconocemos y las convicciones que nos son comunes nos llenan de esperanza: muchos puntos que, en otro tiempo, nos dividían han sido superados por una y otra parte; en cuanto a las divergencias que permanecen, se sitúan en un contexto en el que reina un acuerdo global. Las posiciones opuestas y que obstaculizan nuestra plena comunión en la fe y en la Eucaristía, deben ser percibidas, valoradas y abordadas a fin de discernir y superar aquello que nos separa.

Presencia Eucarística.

48. Católicos y Luteranos confiesan conjuntamente la presencia real y verdadera del Señor en la Eucaristía. Existen diferencias en cuanto a las formulaciones teológicas que expresan el modo de esta presencia real, y también en cuanto a su duración.

49. Para confesar íntegramente la *realidad* de la presencia eucarística, la Iglesia católica enseña que el «Cristo total e integral» [34] se hace presente por la conversión de toda la substancia del pan y del vino en la substancia del Cuerpo y la Sangre de Cristo, en tanto que permanece inalterado aquello que del pan y del vino es perceptible por nuestros sentidos (accidentes). Esta «admirable y única conversión... la Iglesia, muy apropiadamente. la llama transubstanciación» [35]. Por la parte luterana se ha visto generalmente en esta terminología una tentativa de explicar de una manera racionalista el misterio de la presencia de Cristo en el sacramento; algunos piensan también que, de esta manera, el Señor presente no sería visto como persona, y que se formaría de esta manera un malentendido naturalista.

50. Por el lado luterano, para expresar la realidad de la presencia eucarística se ha hablado, no de una transubstanciación, sino de una presencia del Cuerpo y la Sangre de Cristo en, con y bajo el pan y el vino. Se quiere descubrir aquí una real analogía con la Encarnación: así como, en Jesucristo, Dios y el hombre se unen para formar una unidad, igualmente el Cuerpo y la Sangre de Cristo, de un lado, y el pan y el vino, de otro lado, forman conjuntamente una unidad sacramental. Los Católicos, por su parte, encuentran que. de esta forma, no se hace entera justicia ni a esta unidad ni a la eficacia de la palabra del Señor: «Esto es mi cuerpo».

51. La discusión ecuménica ha mostrado que estas dos posiciones

34 Concilio de Trento, DS 1611.
35 Concilio de Trento, DS 1652.

Universidad Pontificia de Salamanca

no deben ya ser consideradas necesariamente como oposiciones que separan. La tradición luterana afirma, junto con la tradición católica, que los elementos consagrados no continúan siendo pura y simplemente pan y vino, sino que, en virtud de la palabra creadora, son dados como Cuerpo y Sangre de Cristo. En este sentido, podría hablar también, con la tradición griega, de una transformación (Wandlung) [36]. En cuanto al concepto de «transubstanciación», lo que pretende es confesar y salvaguardar suficientemente el carácter de misterio de la presencia real; no pretende explicar *cómo* se opera este cambio [37]. (Cf. el excursus sobre la «Presencia de Cristo en la Eucaristía»).

52. Por lo que atañe a la *duración* de la presencia eucarística las diferencias se aclaran también en la práctica litúrgica.

Católicos y Luteranos confiesan conjuntamente que la presencia eucarística del Señor Jesucristo está destinada a su recepción en la fe, pero que no se limita al momento de la recepción; e igualmente, que la presencia no depende de la fe del que comulgan, aunque esté destinada a él.

53. Según la doctrina católica el Señor concede el don de su presencia más allá del momento de la celebración, durante todo el tiempo que permanezcan las especies de pan y vino. Conforme a ello, los fieles son invitados, en la veneración del Santísimo Sacramento. «a rendirle el culto de adoración que es debido al Dios verdadero» [38].

54. Por el lado luterano no es raro que algunos se sientan escandalizados por ciertas formas de piedad eucarística vinculadas a esta convicción. Se la valora como una separación inaceptable con el suceso de la cena. Pero, por otra parte, la manera como es tratado muchas veces por parte luterana lo que queda de los elementos después de la celebración, hiere la sensibilidad católica e indica una divergencia aún no superada (cf. el excursus sobre «la presencia de Cristo en la Eucaristía» 2).

55. Para remediar este punto se debería «recordar por parte católica, en particular en la catequesis y en la predicación, que la intención primera de la reserva eucarística es la distribución a los enfermos y a los ausentes»; por el lado luterano, sería preciso «que se buscara la mejor forma de manifestar el debido respeto a los elementos que han servido para la celebración eucarística, es decir su consumación ulterior, sin excluir su uso para la comunión de los enfermos» [39].

36 Cf. Apologia confessionis X, 2; e igualmente USA III, II 2 B, c, p. 195.
37 Windsor, n. 6, nota 2.
38 Concilio de Trento, DS 1643.
39 Dombes I, n. 20; cf. Accra, n. 35 y la toma de postura del Instituto de investigaciones ecuménicas de Estrasburgo, «Hospitalidad eucarística», n. 27 ss.

Universidad Pontificia de Salamanca

Por lo que atañe a la adoración de la Eucaristía, los Católicos deberían estar atentos a que su práctica no contradijera la convicción común del carácter de banquete de la Eucaristía. Deberían igualmente tener en cuenta que existn otras formas de piedad eucarística, por ejemplo en las Iglesias ortodoxas, sin que por otra parte la fe eucarística de las mismas pueda ser cuestionada. Los Luteranos por su lado deberían considerar el hecho de que no solamente «durante siglos la adoración de la reserva eucarística ha formado parte en gran proporción de la vida católica, y que ha constituido una forma importante de la piedad» [40], sino que también, para ellos mismos, «el culto divino, la veneración y la adoración son formas apropiadas por todo el tiempo en que Cristo permanece sacramentalmente presente» [41].

Sacrificio eucarístico.

56. Católicos y Luteranos confiesan conjuntamente que en la Cena del Señor, «Jesucristo está presente como el crucificado, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. como la víctima ofrecida en sacrificio una vez por todas por los pecados del mundo» [42]. Este sacrificio no puede ser ni continuado, ni repetido, ni sustituido, ni completado; pero puede y debe ser siempre de nuevo eficaz de forma cada vez nueva en el seno de su comunidad. Acerca del modo y la medida de esta eficacia es donde hay interpretaciones distintas entre nosotros.

57. Según la *doctrina católica,* en cada Eucaristía «un sacrificio verdadero y auténtico (verum et proprium sacrificum) es ofrecido» [43] por Cristo. «Ete sacrificio es verdaderamente propiciatorio; por él, si nos acercamos a Dios con un corazón sincero, una fe auténtica, con temor y repeto, contritos y penitentes obtenemos misericordia y hallamos la gracia para una ayuda oportuna (He 4, 16)... Es una sola y misma víctima, la misma que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes y la que se ofreció a sí misma en la Cruz; sólo difiere la manera de ofrecer... Es por ello que (esta oblación) es ofrecida legítimamente, según la tradición de los Apóstoles, no sólo por los pecados, las penas, las satisfacciones y otras necesidades de los fieles, sino también por aquellos que murieron en Cristo y aún no están plenamente purificados» [44].

58. Como miembros de su Cuerpo los fieles son asumidos en el sacrificio de Cristo. Esto se realiza de distintas maneras; ninguna de ellas supone algo añadido desde el exterior al sacrificio de Cristo, sino que todas tienen su origen en este sacrificio y remiten a él.

40 USA III, II, 2 A f, especialmente nota 29 (p. 194).
41 USA III, II, A c (p. 194) y Martín Lutero, Von Anbeten des Sakraments des heiligen Leichnams Christi, 1523 (WA II, 431-56).
42 USA III, I, 1 a (p. 192).
43 Concilio de Trento, DS 1751.
44 Concilio de Trento, DS 1743.

Universidad Pontificia de Salamanca

La preparación litúrgica de la cena del Señor con la ofrenda del pan y del vino forma parte de este sacrificio eucarístico.

Ante todo se requieren la participación interna, el reconocimiento y declaración de la propia impotencia y de la total dependencia de la ayuda del Señor, la obediencia a su mandato, la fe en su palabra y en su promesa.

Haciendo presente en la Eucaristía al Señor —que es ofrecido y se ofrece en sacrificio— los que han sido salvados por él pueden ofrecer un sacrificio («opfern») en el mejor sentido de la palabra. Ellos ofrecen al Padre celestial un don que no es compatible ni con la autosuficiencia, ni la propia justicia. Es un don del amor de Dios absolutamente libre, al que nada le obliga, y de ninguna manera merecido por los hombres; un don, a la vez, vinculado a lo más profundo del hombre, mucho más de lo que puede estarlo cualquier otra cosa susceptible de ofrenda: Cristo, en efecto, se ha hecho algo totalmente nuestro; es nuestra Cabeza. Nosotros mismos, no podemos ofrecer a Dios ni alabanza, ni gloria, ni honor; pero ofrecemos a Cristo, que es nuestra alabanza, nuestra gloria y nuestro honor. Cuando la iglesia católica se atreve a afirmar que no solamente Cristo se ofrece, sino que también ella le «ofrece en sacrificio» (opfert), se refiere precisamente a este gesto por el que manifiesta la propia impotencia, se remite totalmente a Cristo, y lo presenta como don al Padre. «Los miembros del Cuerpo de Cristo están unidos a Dios y entre ellos, por medio de Cristo, tan íntimamente que participan de su adoración, del don que él hace de sí mismo, de su sacrificio ofrecido al Padre. Al convertirse en una unidad Cristo y los cristianos, la asamblea eucarística 'ofrece a Cristo' por el mismo hecho de consentir en ser ofrecida por El al Padre, por la fuerza del Espíritu Santo. Fuera de Cristo, no poseemos dones, adoración, o sacrificio, que pudiéramos ofrecer a Dios por nosotros mismos. No podemos ofrecer en favor nuestro otra cosa más que a Cristo, el Cordero inmolado y la víctima que el Padre nos ha entregado» [45].

59. Por parte de los *cristianos de la Reforma,* existe el temor de que el hecho de ver en la Eucaristía un sacrificio propiciatorio contradiga el carácter único y plenamente suficiente del sacrificio de la Cruz, y ponga en cuestión la unidad de la mediación de Cristo (cfr. el excursus «La misa como sacrificio de expiacón»). Según la concepción de la Reforma luterana, la celebración de la Cena del Señor tiene como objetivo propio otorgar a la comunidad reunida el don del sacrificio de la cruz, que está allí presente, para que ella lo reciba, en la fe, como medio eficaz de salvación. Surgió, en efecto, en algunos una sensación de escándalo al considerar que, en la práctica, la comunión de los fieles había pasado a un segundo plano. La principal razón de ello se juzgó que radicaba en el hecho de consi-

45 USA III, I, 2 b.

Universidad Pontificia de Salamanca

derar la misa como un sacrificio propiciatorio; y se creyó que a causa de ello, se abría paso a una interpretación que dispensaba de recibir en la fe, la gracia eucarística. mientras atribuía al sacerdote un poder sacrificial autónomo (cfr. la polémica de los Reformadores contra la Misa como obra ex opere operato). De ahí que la tradición luterana evita absolutamente, hasta nuestros días, la expresión «sacrificio de la misa».

60. Por el contrario la Reforma luterana ha reconocido a la Cena del Señor el sentido de un sacrificio de acción de gracias por el sacrificio de la cruz presente en el sacramento. Este sacrificio de acción de gracias es una expresión de la fe y consiste en que «nosotros ofrecemos con Cristo, es decir, que con una fe firme en su testamento nos apoyamos en Cristo y que, al presentarnos ante Dios con nuestra plegaria, nuestra alabanza y nuestra ofrenda, no lo hacemos más que por El y por sus medios (de salvación); y que no dudamos que El es nuestro párroco (Pfarrer) y nuestro sacerdote (Pfaff, esto es Priester) en el cielo, ante el rostro de Dios» [46]. El «sacrificio eucarístico» [47] así entendido, celebrado en la fe por los hombres reconciliados, se expresa en la acción de gracias y la alabanza. en la invocación y la confesión de Dios en los sufrimientos y en todas las buenas obras de los fieles. Tales son los sacrificios que, en referencia a 1 Pe 2, 5 y Rm 12, 1, son particularmente subrayados en la doctrina de la Reforma [48].

61. En el diálogo ecuménico hemos aprendido a comprender mejor las maneras de ver de los demás. A ello han contribuido especialmente las investigaciones sobre el contexto histórico de la polémica de los reformadores, así como la toma en consideración de los desarrollos que recientemente se han producido en nuestras dos Iglesias. Cada vez vemos mejor que las posiciones del otro son interrogantes dirigidos a nuestras propias posiciones, y una ayuda que se recibe para mejorarlas, profundizarlas y vivificarlas.

Podemos constatar con gratitud una creciente convergencia en muchas cuestiones que habían gravado particularmente hasta ahora en nuestros diálogos:

a) Según la doctrina católica, el sacrificio de la misa consiste en que se hace presente el sacrificio de la cruz. No lo reitera ni le añade valor salvífico. En este sentido es un testimonio, y no un cuestionamiento del carácter único y plenamente suficiente del sacrificio de Cristo en la cruz.

b) Según la doctrina católica, cuando se trata de la doctrina de

46 Martín Lutero, in *Ein Sermon von dem Neuen Testament, dast ist die heilige Messe,* 1520 (WA 6, 369; 5-9); ver también USA III, I, 2 b, nota 6 (p. 189 ss.).

47 «Sacrificia eucharistica»: *Apologia confessionis,* XXIV, 25.

48 Cf. en particular *Apologia confessionis,* XXIV, 19-26.

Universidad Pontificia de Salamanca

los sacramentos, el ex opere operato significa la prioridad de la acción de Dios. Subrayar esta prioridad es también una preocupación luterana.

c) Una tal comprensión del opus operatum no excluye ni la participación de cada uno en la fe, ni la de toda la comunidad que celebra: la acción de Dios la hace posible y la requiere.

d) La importancia de la participación creyente en la celebración no queda tampoco lesionada por la convicción de que los frutos de la Eucaristía se extienden más allá del círculo de aquellos que están presentes. Ciertamente, el don que Cristo hace de su carne y de su sangre a quien los recibe con fe en la Eucaristía no es transferible; sin embargo, podemos esperar que él concede también a otros su ayuda. Si, y cómo se produce esto, es cuestión del amor soberano del Señor. Las intercesiones y las intenciones de misas celebradas por tal o cual persona, viva o difunta, no pretenden en absoluto limitar su libertad.

Estas convicciones nos dan la firme esperanza de que conseguiremos clarificar las cuestiones que aún están abiertas.

Comunión eucarística.

62. Católicos y Luteranos confiesan en común que, en la Eucaristía, el Cuerpo y la Sangre de Cristo son recibidos realmente sea para la salvación sea para la perdición (cf. 1 Co 11, 27-29). Confiesan que el pan y el vino eucarísticos recibidos con fe conceden el don de la unión personal con Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Concuerdan también en reconocer que la eficacia de la acción del Señor recibido por los fieles no puede ser determinada por ninguna medida humana, sino que es del dominio de la libre acción divina, de la cual nadie puede disponer.

63. Católicos y Luteranos están convencidos conjuntamente, de que la Eucaristía es esencialmente un banquete comunitario. Según la comprensión evangélica, la comunión de la comunidad es una parte constitutiva de la celebración de la Eucaristía tal como fue instituida por el Señor. De ahí que ellos ven en las misas celebradas sin particpiación del pueblo (designadas de una manera ambigua y teológicamente inaceptable, con el nombre de «misas privadas») una costumbre que no responde ni a la institución del Señor, ni a la práctica de la Iglesia antigua. Ahora bien. sobre todo después del Vaticano I, se ha operado un cambio importante en la práctica de la Iglesia Católica, al colocar en primer lugar la «celebración común con asistencia y participación activa de los fieles... con lo que queda claro que toda misa guarda su carácter público y social» [49]. Esta

49 Vaticano II, Constitución sobre la Liturgia, n. 27; cf. también el Concilio de Trento, DS 1747.

Universidad Pontificia de Salamanca

prioridad de la celebración comunitaria constituye un acercamiento importante entre nuestras prácticas eucarísticas (cf. el excursus: «La Eucaristía como cena comunitaria»).

64. Católicos y Luteranos están convencidos conjuntamente de que el pan y el vino forman parte —los dos— de la forma completa de la Eucaristía. En la celebración católica de la Eucaristía, ésta no es dada a los fieles más que bajo la especie de pan en la mayoría de los casos. La razón es, sobre todo, de orden práctico y reposa en la convicción de que Cristo está plenamente presente bajo cada una de las especies, de manera que recibirlo bajo una sola especie no aminora en nada su eficacia. Los Reformadores, por el contrario, piensan que la plena conformidad con la institución y la totalidad del signo sacramental no están aseguradas, conforme a las palabras de la institución de Jesús, más que cuando todos reciben también el cáliz. La doctrina luterana no niega que Cristo esté presente totalmente bajo cada una de las dos especies, y la práctica luterana sabe de casos de necesidad pastoral en los que la Santa Cena puede ser recibida igualmente bajo una sola especie. (Cf. el excursus «La Eucaristía como cena comunitaria»).

Las posibilidades de recibir la Eucaristía bajo las dos especies han sido considerablemente ampliadas en el concilio Vaticano II. Si subsisten todavía en la doctrina y en la práctica divergencias no son ya actualmente motivo para separar nuestras Iglesias.

Eucaristía y Ministerio.

65. Católicos y Luteranos están convencidos conjuntamente de que corresponde a la Eucaristía que su celebración sea dirigida por un ministro que tenga mandato de la Iglesia.

66. Según la doctrina católica «toda celebración legítima de la Eucaristía es presidida por el obispo a quien está encomendada la carga de presentar a la majestad divina el culto de la religión cristiana y de regularla según los preceptos del Señor y según las leyes de la Iglesia» [50]. «Una Eucaristía no es legítima más que si se realiza bajo la autoridad del obispo o por quien tenga mandato de él» [51]. En consecuencia, haber sido ordenado obispo o presbítero es una condición indispensable para presidir la Cena del Señor. De ello se sigue que ni tan sólo en casos excepcionales, puede haber celebración eucarística sin presbítero ordenado. En la medida en que falta el sacramento del Orden, considera la Iglesia católica que las Comunidades eclesiales separadas de ella «no han conservado toda la relidad propia del ministerio eucarístico» [52].

67. También según la doctrina luterana el culto eucarístico es di-

50 Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia, n. 26.
51 Ignacio de Antioquía, Ad Smyrn., 8, 1: PG 5, 713.
52 Vaticano II, Decreto sobre el ecumenismo, n. 22.

Universidad Pontificia de Salamanca

rigido por un ministro ordenado [53]. «Función del ministro es la de anunciar el Evangelio y administrar los sacramentos de una manera que sea conforme al evangelio, y de suerte que se despierte y fortalezca la fe» [54]. Según la concepción luterana el ministerio eclesiástico es de institución divina, aunque la ordenación no sea normalmente llamada un sacramento [55].

68. El diálogo entre nuestras dos tradiciones ha permitido ya constatar notables convergencias en la cuestión del ministerio. Estas conciernen la manera de concebir el origen y la función del ministerio, así como la forma de transmitirlo por imposición de manos e invocación del Espíritu Santo [56]. Sobre la base de estas constataciones se ha propuesto como algo posible el proceder a un «serio examen» de un muto reconocimiento de los ministerios eclesiales [57]. En la puesta en práctica de esta recomendación será preciso preguntarse, entre otras cuestiones, cómo se considera desde el lado luterano una Eucaristía celebrada sin ministro ordenado. Después será necesario preguntarse cómo considera la Iglesia católica la Eucaristía celebrada en la Iglesia luterana teniendo en cuenta la concepción y la práctica luteranas de la ordenación. De una forma general. sería preciso elucidar la manera como conviene ver la función propia y el status eclesiológico del ministerio, así como las consecuencias que de ello se derivan para la estructura de la Iglesia.

Comunión creada por la Eucaristía.

69. Católicos y Luteranos confiesan juntamente que Jesucristo une también entre sí a todos aquellos que están unidos con él.

70. Según la convicción católica esto vale también para la comunión con Cristo en la Eucaristía. Por ello, esta comunión comprende también a los que han muerto en la paz del Señor. De ahí viene que la memoria y la intercesión por los difuntos forme parte de la celebración eucarística católica. La Iglesia católica conmemora también a los difuntos que ya participan de la felicidad celestial, agradece a Dios la gracia que les ha concedido, y se encomienda a su intercesión y a su protección.

71. La celebración eucarística luterana expresa, también, en la alabanza y la intercesión, la comunión que existe entre la comunidad del cielo y la de la tierra. La Reforma, en verdad, ha rechazado la invocación a los santos pero no ha contestado su intercesión en el cielo [58]. La reserva de su doctrina en cuanto a la suerte de los

53 Confessio Augustana XIV.
54 Malta, n. 61.
55 USA IV, n. 16 (p. 12); Malta, n. 59.
56 Cf. Malta, n. 59.
57 Malta, nn. 63-64.
58 Artículos de Schmalkalda II, 2.

Universidad Pontificia de Salamanca

difuntos la hace también reservada de cara a una plegaria en su favor.

72. Según la doctrina católica la comunión eucarística exige y hace crecer a la Iglesia como comunión concreta en la fe.

Esta comunión comprende esencialmente:

— «el poder ministerial, conferido por Cristo a sus apóstoles y sucesores, los obispos con los presbíteros, de actualizar sacramentalmente su acto sacerdotal por el cual él se ofreció una vez por todas a su Padre en el Espíritu Santo y se entregó a sus fieles para que sean uno en él.

— la unidad de este ministerio que debe ser ejercido en nombre de Cristo, Cabeza de la Iglesia, y por tanto en la comunidad jerárquica delosministros.

— la fe de la Iglesia que es profesada en la misma acción eucarística por la cual responde en el Espíritu Santo al don de Cristo tal como es en verdad» [59].

De ahí viene, según el Vaticano II, que «no está permitido considerar la communicatio in sacris como un medio a emplear sin reserva para restablecer la unidad de los cristianos» [60]. Por ello, si bien la celebración común está prohibida entre Católicos y Luteranos. la admisión a la comunión eucarística puede, no obstante, ser concedida «por motivos suficientes» (propter rationes sufficentes) [61].

73. La Iglesia luterana reconoce también el nexo que existe entre comunión eucarística y comunión eclesial. No obstante, incluso en el presente estado de división de las Iglesias, admite ciertas posibilidades de participación eucarística. Los criterios que le son propios le permiten, más fácilmente que a la Iglesia católica, reconocer la validez de las celebraciones eucarísticas de otras Iglesias. «Sobre la base de puntos reconocidos como comunes en la comprensión del evangelio —lo cual tiene una repercusión decisiva en la predicación, la administración de sacramentos y la práctica litúrgica— los Luteranos estiman que ellos pueden desde ahora trabajar a favor de la posibilidad de un intercambio de predicadores y de una celebración en común de la Eucaristía, en ciertas circunstancias... Por el lado luterano se subraya que la práctica eucarística de Iglesias separadas entre sí debe inspirarse en aquello que el ministerio (Dienst) de la reconciliación entre los hombres exige de la Iglesia... Una celebración eucarística en la cual los fieles bautizados no puedan partici-

59 Intrucción del secretariado para la unidad de los cristianos, del 1 de junio de 1972, n. 2 a, en *Servicio de Información*, n. 19, 1972/III, p. 3 = *La Documentation Catholique*, n. 1614, 6-20 agosto de 1973, 708-712.

60 Vaticano II, Decreto sobre el ecumenismo, n. 8.

61 Directorio ecuménico del Secretariado para la unidad I, n. 55.

Universidad Pontificia de Salamanca

par, sufre una contradición interna y, por este mismo hecho, no cumple la función que el Señor le asignó» [62].

II. FORMA CONCRETA DE LA PRACTICA LITURGICA.

74. Aquello que en la fe afirmamos como verdadero respecto de la Cena del Señor, debe determinar el contenido y la forma de nuestra liturgia. Esta obligación que se nos impone en común, podemos y debemos realizarla en gran parte conjuntamente; al mismo tiempo, según la diversidad de comunidades, de momentos y de tradiciones, se presentarán tareas cada vez diferentes y otros puntos de partida.

75. «El mejor camino hacia la unidad de la celebración eucarística y la comunión es la misma renovación de la Eucaristía en las diversas Iglesias en lo que concierne a la doctrina y la liturgia» [63] También en la Eucaristía, los pasos dados hacia el centro son los que nos acercan mutuamente. Entre otros: «que los fieles accedan a la liturgia con las disposiciones de una recta intención, que armonicen su alma con su voz, y que cooperen a la gracia celestial para no recibirla en vano» [64].

La renovación requerida debe tener siempre un doble horizonte: primero, el Señor. su palabra y su voluntad; después, nuestros contemporáneos con sus dificultades y sus posibilidades: la «pequeña grey» de aquellos que comparten nuestra fe, y también la innumerable multitud de los hombres, hermanos nuestros, a cuya salvación está destinada la Eucaristía.

El testimonio común de la fe eucarística y el esfuerzo común para corresponder al mismo en la vida no tienen nada que ver con la uniformidad. Existe, en las formas litúrgicas, como en la teología y en la piedad, *una gran diversidad de posibilidades*. Estas pueden y deben iluminarse y complementarse unas a otras. «Así, en la diversidad misma, todos dan testimonio de la admirable unidad que reina en el Cuerpo de Cristo: en efecto, la diversidad misma de gracias, de ministerios y de actividades contribuye a unir a los hijos de Dios en un todo, pues 'todo es obra de un solo y mismo Espíritu'» (1 Cor 12, 11) [65].

76. Sin perjuicio de esta diversidad, es preciso tender a ponerse aún más de acuerdo respeto de un cierto número de elementos fundamentales.

Según la convicción común «la celebración eucarística forma un todo que comporta un cierto número de elementos constitutivos: la predicación de la palabra de Dios, la acción de gracias por las obras

62 Malta, nn. 64 y 72.
63 Accra, n. 31.
64 Vaticano II, Constitución sobre la Liturgia, n. 11.
65 Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia, n. 32.

Universidad Pontificia de Salamanca

de Dios en la creación y la redención con la conmemoración de la muerte y la resurrección de Cristo; las palabras de la institución según el testimonio del Nuevo Testamento; la invocación del Espíritu Santo sobre el pan y el vino así como sobre la comunidad; la intercesión por la Iglesia y por el mundo; la plegaria del Señor y el comer y beber en comunión con Cristo y con cada miembro de la Iglesia» [66].

La práctica litúrgica debería corresponder a estos elementos fundamentales afirmadas en común. A estas tareas, que nos desafían en común, están ligadas otras que conciernen a cada una de nuestras Iglesias de manera particular.

Según la convicción luterana, del lado católico se debe tender a:

1. Evitar la celebración de la misa sin participación del pueblo.
2. Asegurar mejor la predicación de la Palabra en el curso de cada celebración eucarística.
3. Repartir la comunión bajo las dos especies.

Según la convicción católica del lado luterano se debe tender a:

1. Una celebración más frecuente de la Santa Cena. «La Eucaristía es la celebración litúrgica nueva que Cristo ha dado a su Iglesia: parece, pues, normal que sea celebrada cada domingo o al menos una vez por semana» [67].
2. Una mayor participación de toda la comunidad (en particular de los niños).
3. Una relación más estrecha entre el servicio de la palabra y el del sacramento.

No debe perderse de vista que las distintas prácticas así evocadas dependen en parte de diferencias. aún no superadas, en la inteligencia de la fe. Esclarecerlas y superarlas se nos impone como tarea común.

III. RECEPCION.

77. En tanto una doctrina teológica no es aceptada y vivida por todo el pueblo de Dios continúa siendo la teoría de unos cuantos. Incluso las declaraciones conciliares no tienen pleno efecto mientras no toman cuerpo en el pensamiento y la vida de los fieles. Es pues indispensable qu nuestros hermanos cristianos respondan a nuestro testimonio común relativo a la Eucaristía, que se responsabilicen en ello con nosotros. Por eso nos dirigimos a ellos pidiendo que examinen nuestras consideraciones, las reflexionen, las mejores tanto como sea necesario, y en la mayor medida posible, las hagan suyas.

[Traducción de MIGUEL M.ª GARIJO GUEMBE]

66 Cf. Accra, n. 28.
67 Accra, n. 33.

Universidad Pontificia de Salamanca